

Garduño

Pablo Molinet

GARDUÑO HUYÓ DE PUEBLA, SU CIUDAD, a los 17 años.

En una riña de bandas, levantó a un rival por encima de su cabeza y lo estrelló contra un parabrisas. Cosa de veinticinco años después —cuando lo conocí—, no le quitaba el sueño ignorar si el muchacho en cuestión había muerto esa noche.

A fines de los 60, en el DF, el fugitivo descubrió su vocación. Dueño de una energía rapaz, exuberante, se apoderaba con presteza de la voluntad ajena; esto es, vendía seguros, ollas de presión, Tupperware, manuales para reparar el coche o enderezar la vida.

Criatura de instintos, orbitó a Salamanca. Comenzaban los ochenta, y en el carnaval petrolero bailaban chuecos y derechos, rápidos y lentos.

Ojos verdes, bigote rubio, se deslizó sin esfuerzo al sanctasanctórum comercial de la ciudad —la Masonería, los Rotarios—. Abrió un negocio de electrónica: *Qué Idea, Qué Idea, Qué Idea*. Se hizo de una mansa vida suburbana con su mujer y sus dos hijos.

En enero del 89 cayó La Quina. El secretario general de la sección local del Sindicato se esfumó; meses después, su jefe de guaruras fue golpeado hasta perder un ojo.

Abotagados de bienestar, los pequeños barones no supieron leer la señal de los tiempos.

A principios del 90 apareció un cadáver a la orilla de la carretera. Era el dueño de una caja de ahorros que ofrecía réditos descomunales. Lo habían torturado largamente.



Fotografías: Thinkstock

Vino un tsunami de bancarrotas, suicidios, marchas. Los dineros de la caja se desvanecieron. La justicia local se volvió notablemente presta a perseguir delitos patrimoniales. Garduño viajó a Matamoros por mercancía. La Federal lo detuvo. Un socio lo inculpaba de fraude. Lo encarcelaron. Confiscaron sus activos, congelaron sus cuentas. El juez también obsequió una orden de aprehensión contra su acusador, Conejo.

En febrero del 92 le aventaron un diego: diez años. En marzo, a los diecisiete, fui acusado de asesinato.

¿Qué negocios hacía Garduño? En decenas y cientos de horas de conversación, tabaco y Nescafé jamás se lo inquirí. Esto es lo que sé: afuera, los paladines de la rectitud se solazaban acusándome; adentro, el torcido me tomaba bajo su protección.

Ocurría que Garduño y su socio traidor coincidieran en el patio. Don Conejo temblaba. Más de una vez mi amigo debió cerrar los ojos y respirar hondo, pero no cayó en la tentación.

Cálculo costo-beneficio, por supuesto: en lugar de moral, Garduño poseía sentido de las proporciones.

Aliado de los pacíficos —le gustaran o no—, cordial con los polis y los malandros, se las arreglaba para que la Dirección confiara en él sin ceder al comercio infame de la delación y el espionaje. Abarrotero y prestamista —burgués—, influía en la elección del representante de sala, organizaba tertulias conciliatorias, restringía el alcohol, amparaba la marihuana. Ejercía un poder so-carrón que pocos desafiaban.

Sólo una vez lo vi recular. Un gerifalte, el Quino, le había empeñado un reloj que su hijo Javi descubrió un domingo de visita; el niño se enamoró de la baratija.

Garduño paró los pu-tazos sin responderlos. Se

puso a salvo detrás de una puerta. La guardia apareció providencialmente.

“Tiene razón”, me dijo. “Pero Javi ya tiene reloj y yo ya estoy grande y me aguanto.” Jamás aceptó la acusación en público. Le pagó al Quino mediante un emisario.

Exultante, sibarita, ajeno al tormento pomposo de la culpa, Garduño era un aeróstato que necesitaba sacos de lastre para no extraviarse en su personal cielo de canciones y negocios. Eso eran sus afectos, ingenuamente desbordados.

Torbellino en *slow motion*, despertaba temprano para recorrer la cárcel de lado a lado: saludaba, fumaba, cobraba. Celebraba a carcajadas.

“¿Por qué te ríes tanto?”, le reproché un día.

“Así nomás: porque quiero”, repuso.

En la cárcel de Salamanca, galerón de un convento agustino, habitábamos en tlacuacheras, chozas de cartón y triplay con techo de cobija. En la suya, por las mañanas, frente a un trozo de espejo adherido a la pared —y pasara lo que pasara— cantaba: “Qué bonito soy, qué bonito soy / Cómo me quiero / Sin mí me muero / Jamás me podré olvidar”, y se daba cariñosas bofetadas.





Me llevaría muchos años darme cuenta cabal de la determinación que contenía, en su boca, esa tonada idiota de Paco Stanley; el poder vital encerrado en las dos líneas finales. Sin mí, si no estoy conmigo, me muero; y no debo olvidarme, jamás.

En 1993, una serie de eventos desafortunados nos condujo a una huelga de hambre. En represalia, nos trasladaron a Jiricuicho, a Irapuato.

Estrecho, laberíntico, amenazante, el modelo arquitectónico estadounidense replicado aquí bajo el nombre actual de Centro de Reinserción Social (Cereso) fue concebido para aplastar. Y, si recién pacificado, el Jiri honraba sus tradiciones sádicas.

Los de Salamanca éramos una minoría acorralada por clanes emparentados con la aristocracia criminal del estado. Aquello era una pista de baile animada por *dj* Grendel.

Pálido como todos nosotros, acosado por pesadillas, lleno de dudas, mi amigo debió renunciar a su tonada matutina pues habría sido una provocación. Debió deponer todos sus campechanos alardes, pero no una sonrisa atemperada.

“Nos quieren chingar”, le dije.

“Falta que puedan”, repuso y se encogió de hombros.

(Por si las dudas, me contrató a un maestro de box que debió lidiar con mi torpeza).

Ese invierno lo vi salir a golpes por un amigo pintoresco e indefenso, e infundir con su voz y su mirada una firmeza inquebrantable en un muchachito bajo amenaza de violación.

Despojado del bastón de mando del burgomaestre, se irguió en su auténtica estatura.

En enero del 94 me trasladaron a San Miguel de Allende. Allá recibí un par de cartas con sus pacientes letrotas de primaria. No le hagas confianza a nadie. Que no te vean mucho tiempo solo. No andes de arriba abajo con tus librotos. Despéjate. Haz ejercicio. Ríete. Diviértete. No te claves.

De todos esos imperativos, hay uno que me esfuerzo en cumplir en cada calle oscura y en cada circunstancia incierta: tranquilo y atento, “trancas y a las vergas”.

Alguna vez trató de resolver para mí el absurdo de la prisión con una antinomia: “Si no despierto todas las mañanas con la convicción de que hoy salgo libre, y al mismo tiempo con la convicción de que no voy a salir hoy, mejor ni me levanto.”

Me encantaría poseer su indiferencia a lo correcto y lo aceptable, su desenfadada falta de escrúpulos, pero veinte años después creo entender que se esforzó en enseñarme a decir, con sencillez de presidiario —de *less than zero*, de relegado—, “Así nomás: porque quiero”. 